



www.loqueleo.santillana.com

Título original: LA SOMBRA DEL CABALLERO

© 2018, Pablo María Sáenz

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-810-2

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Litografía e imprenta LIL, S. A.

Impreso en Costa Rica

Primera edición: marzo de 2019

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustraciones: Guillermo Pérez, Tulio Matos y Ruddy Núñez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

La sombra del caballero

Relatos con amor e imaginación

Pablo María Sáenz

loquelego

Para mi querido amigo Lucho.

*La imaginación en libertad transforma
el mundo y echa a volar las cosas.*

OCTAVIO PAZ.

La ciguapa y el pescador

La ciguapa y el pescador

Desde el «Vista Mare»

En los tiempos de antes, vivía sobre los acantilados de la península de Samaná un pescador llamado Ramón. A decir verdad, nuestro amigo era un amarrador de aguas, de los que tienen el poder de controlar los excesos de lluvias y tormentas para evitar que se dañen los sembradíos. El hombre era bueno en lo suyo, pero un mal día se le fue la mano con unos cultivos de cacao en San Cristóbal, y los pobres árboles quedaron sequecitos y mustios por falta del elemento vital. Fue entonces cuando los agricultores, muy enfadados y sin pensarlo demasiado, lo montaron en un burro y lo expulsaron del pueblo obligándolo a llevar un cartel pegado a sus espaldas que decía: «Aquí va Ramón a

Secas, que de aguas entiende menos que nada». Para salvar el pellejo, al pobre no le quedó más remedio que salir de allí pasando vergüenza. Pero como Ramón no era un hombre que se dejase amedrentar fácilmente, una vez resuelta su salida de San Cristóbal cambió de rumbo instalándose en Samaná y con sus ahorros se compró un bote y aparejos de pesca.

«Como sea, de agua se trata y eso es lo mío», pensó el hombre la primera vez que echó sus redes al mar. Y no se equivocaba, ya que cualquiera diría que, en vez de un pescador, Ramón parecía un buen señuelo atrayendo a los demás peces a «visitar sus redes» para luego convertirlos en pescados.

A pesar de ser un solitario, Ramón tenía una gran empatía con la naturaleza que lo rodeaba, respetaba las temporadas de veda y devolvía los peces pequeños al agua, así como la pesca que no estaba dispuesto a consumir o vender en el mercado de Samaná. Aunque por el momento no ejercía su antiguo oficio, sentía

una gran fascinación por tormentas y lluvias de todo tipo; se pasaba largos ratos observando nubes y vientos hacer de las suyas allí arriba en el firmamento. Como es sabido, los amarradores de agua pueden permanecer bajo la lluvia sin mojarse tan siquiera un chin, evitando así enfermarse como suele ocurrir con la gente.

—Mira, Rigoberto, a mí no me molesta compartir la comida contigo... pero con todos ellos..., bueeeno, ya es un abuso —aclaró Ramón señalando con la cabeza hacia el árbol.

15

—Gracgracgrac —graznó el cuervo observando al hombre con sus ojos rojinegros antes de picotear el trozo de zapote. Los del árbol se sumaron con graznidos alborotadores.

—Tus parientes son unos lambones. Sí, eso es, un coro de lambonazos —rió Ramón de lo más divertido con la ocurrencia.

Y el cuervo inclinó la cabeza de un lado al otro, evaluando el comentario de su benefactor.

—¿Quieres una nuez? Dime, Rigoberto. Toma, esto es para ti —dijo Ramón extrayendo

una nuez entera de su bolsillo que arrojó a los pies del animal.

El pájaro se acercó despacito, la empujó con el pico y la observó, la hizo rodar hasta que por fin la cogió, levantó vuelo y se paró en la rama de una mata cercana.

16 —Y entonces, amigo, ¿te la guardas para luego, o piensas esconderla, eh? No tendrás hambre —concluyó Ramón.

Pero no, el animal repitió la proeza que el hombre descubrió por casualidad. Se elevó sobre la meseta de roca que había al costado de la casa del pescador y desde una altura determinada dejó caer la nuez. ¡Paf! con el impacto, la cáscara del fruto se rompió sin llegar a desgranarse el contenido, entonces el cuervo descendió a disfrutar de su recompensa.

—Es ingenioso el plumífero —reflexionó Ramón mientras entraba a la casa a recoger unos restos de comida para dárselos a los parientes lambones de Rigoberto—. Menos mal que estos no le hacen asco a nada, comen de lo

que haya. ¿Y será que otra vez estoy hablando solo? ¡Caramba!, voy a tener que enseñarle al cuervo a repetir mi nombre para no sentirme tan solo, ¡ja, ja, ja!

La vida del pescador transcurría apacible. Pescaba por las mañanas cuando el tiempo lo permitía. Dependiendo de lo que recogía, tres veces a la semana iba a Santa Bárbara de Samaná a vender su pescado y comprar provisiones. También le gustaba observar y estar atento a la naturaleza con sus cinco sentidos, a los cambios mínimos que para la mayoría de los mortales pasarían desapercibidos. Solía decir que la lluvia no solo se siente sobre la piel, sino que se la puede anticipar, escuchar e incluso oler antes de su llegada. Para él era un asunto de observación y capacidad perceptiva. «La naturaleza está plagada de señales, lo que sucede es que nadie les presta atención, estamos más atentos a nuestro transcurrir que a lo que transcurre a nuestro alrededor», afirmaba Ramón.

Así estaban las cosas, cuando una noche Ramón, que solía dormir de corrido y sin tan siquiera voltearse, despertó sobresaltado. Se alzó rápidamente de la cama como si escapase de una terrible pesadilla y permaneció un largo rato observando por la ventana antes de salir de la casa. La luna llena, que estaba de estreno, encendía la noche. A simple vista todo parecía estar en orden.

—Quien quiera que seas, aunque no te vea, merodeando estás. Te desplazas y te ocultas. Puedo sentirte. A mí no me engañas —murmuró Ramón, y se quedó un largo rato escru-
diñando con la mirada hasta que el sueño pudo más que la curiosidad y lo devolvió a la cama.

Al día siguiente, cuando regresó de pescar, ni bien emprendió el camino cuesta arriba comenzó a escuchar los graznidos. Los chillidos crecían en intensidad y furia a medida que se

